

Jueves de la 1ª semana de Adviento. Cristo es la roca sobre la que edificar nuestra vida, así todo suma para tener más amor, y quien quiere cumplir la voluntad del Padre entrará en el reino de los cielos

Libro de Isaías 26,1-6. Aquel día, se cantará este canto en el país de Judá: «Tenemos una ciudad fuerte, ha puesto para salvarla murallas y baluartes: Abrid las puertas para que entre un pueblo justo, que observa la lealtad; su ánimo está firme y mantiene la paz, porque confía en ti. Confiad siempre en el Señor, porque el Señor es la Roca perpetua: doblegó a los habitantes de la altura y a la ciudad elevada; la humilló, la humilló hasta el suelo, la arrojó al polvo, y la pisan los pies, los pies del humilde, las pisadas de los pobres.»

Salmo 117,1 y 8-9.19-21.25-27a. R. Bendito el que viene en nombre del Señor.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres, mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes.

Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella. Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación.

Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor; el Señor es Dios, él nos ilumina.

Evangelio según san Mateo 7,21.24-27. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -«No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.»

Comentario: 1. Is 26,1-06. Habla el profeta de poner la confianza en el Señor: "Los que confían en el Señor son como el monte Sión", dice otro salmo. Pero un día, Sión fue, a su vez, arrasada... ¡El que pone su confianza en el Señor no morirá jamás! (Mt 7,21.24-27). Hombre, ¿en qué tienes puesta tu confianza? ¿En el dinero, en el poder, en la seguridad...? (com. de Sal Terrae). Se anuncia aquí la Iglesia, como ciudad fuerte. "Ha puesto para salvarla murallas y baluartes", una defensa que ningún enemigo podría destruir. La ciudad de Dios, como la llamaba s. Agustín. Ella me revela a Jesús. Me alimenta. Me conforta, cura mis fragilidades. Mis pecados. "Abrid las puertas para que entre un pueblo justo". Yo tengo que abrir cada vez más de par en par las puertas de mi razón, de mi voluntad, de mi corazón, para ir adquiriendo esta justicia y esta fidelidad, que es la que concede el verdadero derecho de ciudadanía en esta ciudad de Dios. Imagen de la solidez de la piedra, que Jesús repetirá en el evangelio. "Edificar su casa sobre roca"... "Tú eres Pedro, tú eres Roca, y sobre esta piedra, sobre esta Roca, edificaré mi Iglesia". -El derroca a los que viven en las alturas y humilla la ciudadela inaccesible. Este es el tema complementario: la fragilidad de las seguridades humanas (Noel Quesson). El Evangelio completará estas ideas... y a la Iglesia corresponde la responsabilidad de continuar haciendo presente en la historia al Hijo Encarnado, Salvador. Benedicto XVI nos recuerda que

esta fortaleza está en la debilidad, pues Jesús vence en la Cruz. Nos encaminamos hacia la ciudad de sólidos cimientos en medio de pruebas, tentaciones y tensiones. Nos encontramos en medio de una sociedad en la que se dan continuas luchas por el poder. La paz muchas veces se deteriora cada vez más en torno nuestro. No podemos hablar con toda lealtad de que reine la justicia entre nosotros. La fidelidad se convierte en apariencia cuando no somos capaces de ser fieles a nuestros propios compromisos, y nos dejamos dominar por la corrupción, buscando nuestros propios intereses. Sin embargo el Señor ha formado a su Iglesia para convertirla en un signo de justicia, de fidelidad y de paz. Y esa Iglesia la vamos conformando cada uno de nosotros, que creemos en Cristo Jesús. Nosotros somos los responsables de hacer que brille, cada vez con mayor claridad, el rostro resplandeciente de Cristo, como único camino de salvación para la humanidad. Si nosotros no vivimos en paz, como hermanos; si no somos fieles a la fe que profesamos en Cristo, si no vivimos en la justicia, difícilmente podremos hacer creíble el Evangelio que anunciamos; difícilmente podremos dar a luz una nueva humanidad en Cristo Jesús.

2. Sal 117 Confiemos siempre en el Señor, pues Él nos ama con un amor siempre fiel. Dios ha venido a nosotros, descendiendo desde su cielo, y haciéndose uno como nosotros. A nosotros corresponde abrirle las puertas de nuestro corazón para que ahí se digne morar como en un templo. A pesar de que tal vez el pecado ha manchado nuestra vida, el Señor se acerca a nosotros como poderoso salvador. Él quiere que su victoria sobre el pecado y la muerte sea también victoria nuestra; por eso nos invita a una constante purificación para que su presencia en nosotros realmente se convierta en una bendición y no en motivo de maldición, de destrucción y de muerte. El Señor que se acerca a nosotros viene para convertirse en luz que nos ilumine para dejar de caminar en las tinieblas del pecado y en las sombras de muerte. Dejémonos amar y purificar por Él para que podamos ser signos de la presencia del Señor en el mundo por medio de quienes le viven fieles.

Dios es bueno y misericordioso para con todos los que confían en Él. Sabemos que somos frágiles, y que muchas veces podemos ser vencidos por el mal, por el pecado, por nuestra concupiscencia; pues nuestra naturaleza, dañada por el pecado, muchas veces se inclina más al mal que al bien. Por eso la realización del bien en nosotros no depende únicamente de nuestras débiles fuerzas, y de nuestras decisiones personales; es necesaria la gracia de Dios. Sólo así podremos entrar algún día en el Templo Santo de Dios para permanecer con Él eternamente. Confiar en el Señor, confiarle plenamente nuestra vida; unirnos a Cristo Jesús para llegar a ser en Él hijos de Dios, es la única puerta que se nos abre para entrar a unirnos con Dios. Acudamos al Señor, siempre dispuesto a escucharnos y a perdonarnos, pues Él quiere salvarnos, pues ha venido no a condenarnos, sino a llevarnos sanos y salvos a su Reino celestial.

3. Mt 7,21.24-27. Jesús nos indica el modo en que hemos de edificar nuestra vida: “todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca”. En la Encíclica sobre la esperanza, Benedicto XVI indica: “el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica. Si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en

cada momento y de lo que podemos esperar que las autoridades políticas y económicas nos ofrezcan, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza”. No está ahí nuestro fundamento: —El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos —por usar la terminología clásica— « merecer » el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo « merecido », sino siempre un don. Dios nos sigue amando igual, aunque nosotros no nos portemos bien. El corazón de Dios se vuelca en nosotros como hijos suyos, más allá de la realidad concreta de nuestras obras buenas o malas. El otro día un niño, enfadado con su padre, le decía: “¡ya no te quiero!” y el padre le contestaba: “pues yo sí, te seguiré queriendo siempre”. Así hace Dios...

Cuántas angustias se han causado, por no explicar bien como es Dios, mostrándolo como "justiciero"... toda justicia divina hay que entenderla desde esta misericordia.

Dicen de un niño que era un desastre, la maestra en lugar de reñirlo se le acercó, él esperaba ya una bofetada, pero ella le dio un beso, y le ayudó. Al cabo de los años, el chico, ya bien situado a la vida, le escribió a la maestra que no había tenido experiencia de los padres, vivía con unos tíos, y “el beso de aquel día fue el primero que recuerda de su vida”, que a partir de aquel momento cambió. Eso es lo que hace el amor, nos lleva a la salvación. En una sociedad inmersa dentro del remolino de mejorar el bienestar temporal nos ayuda a verlo todo -el hombre y la creación entera- desde la felicidad última, no solo lo que somos sino sobre todo lo que estamos llamados a ser.

Pienso que nosotros no podemos acoger este don infinito de Dios sino ensanchando nuestro corazón para poderlo llenar según la capacidad, por eso las obras importan, como sigue diciendo el Papa: “No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la « plusvalía » del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como « colaboradores de Dios », han contribuido a la salvación del mundo (cf. 1 Co 3,9; 1 Ts 3,2)”. Como la Escritura hay que leerla en el contexto de su unidad, sabemos que los que creen no quedarán confundidos; todos los que reconocen a Jesús como Salvador y así lo invocan, se salvarán (Romanos 10,9-13). Pero la fe «obra mediante la caridad», que está proyectada a la felicidad de los demás, a trabajar en la construcción del mundo en que vivimos. Por eso, «sed, pues, ejecutores de la palabra y no os conforméis con oírla solamente, engañándoos a vosotros mismos» (Santiago 1,22); «la fe, si no tiene obras, está verdaderamente muerta» (2,17); «como el cuerpo sin alma está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (2,26). Es lo que el Señor nos dice hoy: «No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (7,21).

Babel son las palabras que llevan a la discordia, edificar sobre roca es seguir a Jesús y vivir el sermón de la montaña, construir sobre su palabra. Estos días de Adviento, siguiendo a María, la Madre de Jesús. Ella fue una mujer de fe, totalmente disponible ante Dios, que edificó su vida sobre la roca de la Palabra. Que ante el anuncio de la misión que Dios le encomendaba,

respondió con una frase que fue la consigna de toda su vida, y que debería ser también la nuestra: «hágase en mí según tu Palabra». Es nuestra maestra en la obediencia a la Palabra.

Una de las afirmaciones del sermón de la montaña que más nos puede cuestionar es la del texto que acabamos de leer: "No todo el que dice Señor, Señor entra en el Reino de los cielos". Las prácticas religiosas entre nosotros están, muchas veces, llenas de repeticiones de palabras que no trascienden al compromiso de vida cristiana. Pero el Señor nos exhorta: "No basta decirme 'Señor, Señor' para entrar en el Reino de Dios, no; hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo" (v. 21). Hay que hacer notar que al destacar al "Padre del cielo" (cfr. Mt 6, 9b en el Padrenuestro que está ubicado en el sermón del monte), Jesús no quiere discípulos que cultiven sólo una relación con él, sino seguidores que, unidos a él trabajen por cambiar la situación de la humanidad, cumpliendo así la voluntad de su Padre. Al final de la vida nadie podrá aducir en su favor el devoto reconocimiento de Jesús, llamándolo Señor, o alegando su activismo religioso (profetizar, expulsar demonios), si se ha apartado de las exigencias fundamentales del Reino, si sus obras no nacieron del amor, si no contribuyeron a cumplir el designio del Padre.

Termina el sermón del monte con una parábola en la que se contraponen el hombre sabio que edifica su casa sobre cimientos firmes y el que la edifica sobre arena; ellos representan a los, que han escuchado la palabras de Jesús y han hecho de estas palabras el modelo de su vida están en capacidad de sostenerse a pesar de los embates de las persecuciones, han edificado su vida con bases firmes, las exigencias del Reino sintetizadas en las bienaventuranzas. Pero también existen otros que no ponen en práctica lo escuchado; su vida está perdida desde el momento en que no se comprometen con las exigencias de Jesús.

Una empresa difícil es la propuesta del Reino, pero nada podemos temer si confiamos en el Señor; él es la roca segura, y quien se acerca a él está firme y mantiene la paz (servicio bíblico latinoamericano).

Comenta San Agustín: «Hermanos míos: Venís con entusiasmo a escuchar la palabra: no os engañéis a vosotros mismos, fallando a la hora de cumplir lo que escuchasteis. Pensad que si es hermoso escucharla, ¡cuánto más lo será llevarla a la práctica! Si no la escuchas, si no pones interés en escucharla, nada edificas. Pero, si la escuchas y no la llevas a la práctica, edificas una ruina [...] Quien la escucha y no la pone en práctica, edifica sobre arena; y edifica sobre la roca quien la escucha y la pone en práctica. Y quien ni siquiera la escucha, no edifica ni sobre la roca ni sobre la arena [...] Si no edificas te quedarás sin techo donde cobijarte... Por tanto, si malo es para ti edificar sobre arena, malo es también no edificar nada; solo queda como bueno edificar sobre la roca» (Sermón 79, 8-9, en Cartago, antes del 409). El Dios-Fortaleza, llega a ser Dios-Roca, fundamento sobre el que nos toca a nosotros construir. La vida contemplativa y la vida activa son necesarias para todos y cada uno. Sin el fundamento –vida interior, alimentada por la Palabra de Dios– no se puede construir, lo mismo que una vida de piedad, sin la práctica efectiva de las virtudes, es estéril. Sin Dios, sin Cristo, nada podemos hacer. Cristo viene a enseñarnos a construir el edificio de nuestra santidad. Escuchémoslo en las celebraciones litúrgicas (Manuel Garrido). Nuestra vida es hacer de hijo pródigo, pero si bien es cierto que volveremos a caer muchas veces, la victoria está en que después de cada lucha, acompañados de la Virgen, tenemos más amor.